

te de los nobles y de los grandes que bien pudo haber servido de colofón al libro de Verónica y que no puedo menos de recordar aquí: “¿Qué es esta grandeza a los ojos de la Fe y de la Religión? Es un vapor luminoso que pronto se disipa y pasa, después de haber sorprendido nuestras miradas; es una brillante aurora que se oscurece y se pierde en la noche eterna; es una flor de destellos arrebatadores que se seca por la tarde sobre la tumba; es un fantasma impostor que viene a estrellarse contra el término fatal a donde todo llega y se pierde. Es un rayo de luz de la divinidad misma que se manifiesta aquí abajo, pero que pronto se eclipsa y desaparece súbitamente para dejar a aquellos que iluminó, confundidos en la sombra de la Muerte”.

Eliás TRABULSE
El Colegio de México

Héctor DÍAZ ZERMEÑO: *La culminación de las traiciones de Santa Anna*. México: Nueva Imagen, 2000, 174 pp. ISBN 970-24-0044-9

Hay libros que no ameritarían ser reseñados y éste es sin duda uno de ellos, pero lo hacemos por la atracción que despierta el villano favorito de la historia mexicana decimonónica y por provenir de medios académicos. El libro parece una investigación seria; pero aun cuando el autor ha utilizado repositorios de México y del extranjero, la obra está elaborada con una corta bibliografía que incluye viejos y nuevos libros que contienen la versión texana de los acontecimientos, como Nance, Yoakum, Callcott y Caruso. Se citan contados documentos, algunas menciones hemerográficas, y en cambio abundan las citas a biografías del veracruzano, entre las que incluye la novela de Leopoldo Zamora Plowes, *El Quince Uñas y Casanova Aventureros*.

Una lectura cuidadosa, comprueba que para hacer un estudio monográfico, además de buscar material, hace falta conocer el complejo contexto histórico —el cual, en el caso de la fundación del Estado mexicano es especialmente complicado. Desde luego un historiador serio no puede empeñarse en reunir sólo el material que afirme sus prejuicios; tampoco basta investigar, es necesario reflexionar una y otra vez sobre el sentido profundo de las acciones humanas.

El autor afirma de entrada que “hoy en día nadie discute las traiciones de Santa Anna ni las pone en tela de juicio”, afirmación temeraria e inexacta, pues algunos de los que nos hemos empeñado por décadas en develar la historia del periodo, creemos que esas acusaciones contemporáneas no han sido probadas. Los mismos autores de los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, que trataron a Santa Anna, aunque no lo sostenían políticamente, no lo acusaron de traición. Al autor le hubiera beneficiado por lo menos leer el libro de Justo Sierra, *La Evolución Política del Pueblo Mexicano*, que a pesar de ciertas inexactitudes, ofrece una visión bastante neutral de los hechos, y hace un retrato bastante justo del veracruzano.¹

Desde luego es imposible decir que Antonio López de Santa Anna fuera en manera alguna un dechado de virtudes; además de ser ignorante e irresponsable y tener una moral bastante laxa, era ambicioso, vanidoso y taimado; buen soldado, pero pésimos general; temerario en muchas batallas, fue cobarde ante los texanos; el poder lo satisfacía sólo por las superficialidades; su popularidad tal vez la explique haber representado al ideal del mexicano de su tiempo. A los que todavía nos intriga su personalidad, no es por falta de ética, como pretende el autor, sino tal vez por conocer menos superficialmente el periodo, y estar conscientes del difícil momento que les tocó vivir a esos mexicanos, en medio del acoso extranjero y la discordia interna. Sin lograr el liderazgo nacional que había tenido Agustín de Iturbide, Santa Anna tuvo gran popularidad en el eje Veracruz-México y un gran poder de convocatoria en el ejército, entre los agiotistas del gobierno y entre muchos políticos, razón por la que aun personajes inteligentes como Lucas Alamán lo consideraron útil para transformar al país.

Díaz Zermeño estima que no hay duda sobre las traiciones del veracruzano, pero se fija el curioso objetivo de hacer lo que, en su opinión, nadie ha intentado: comprobarlas “en forma secuencial y cronológica”, para exonerar “de toda mancha” al ejército mexicano. De esa manera, cita sólo documentos y referencias que prueban ese objetivo, lo que resulta no sólo poco profesional, sino nada novedoso para los que tratamos de desenmarañar el periodo.

El método con que se desarrolló el tema también resulta curioso: reunir las múltiples faltas de su vida, citando traición por

¹ JUSTO SIERRA: *Evolución Política del Pueblo Mexicano*. México: La Casa de España en México, 1940, pp. 233 y 273.

traición y contradicción por contradicción. Desde luego la primera traición es la jura del Plan de Iguala, deslealtad general de la mayoría del ejército realista —fundamento del nacional—, que pasa por alto el convencimiento general a que habían llegado todos los mexicanos después de once años de desorden, lo que resultó en el total desprestigio del gobierno español. Para probar las “traiciones” posteriores, acepta como convincentes acusaciones partidarias, sin reflexión alguna sobre los motivos. Pero por qué habríamos de creerle a José Antonio Echavarrri durante su campaña contra Santa Anna en 1822-1823, al conspirador Aviraneta en 1828 o a Samuel Houston en 1836 e incluir sus acusaciones junto a la sensata opinión de Vicente Guerrero, que lo juzga “ambicioso y poco confiable”. Se le juzga, pues a partir de rumores y acusaciones dudosas y en cambio se pasa por alto el enorme daño que causó desencadenando la revolución de 1832, que privó al ejército y a las milicias de sus mejores hombres y le dio el golpe de gracia a la hacienda nacional al dilapidar el dinero de las dos aduanas más importantes del país, las de Veracruz y Tampico.

La desastrosa campaña de Texas se emprendió sin dinero, por eso tuvo que exigir préstamos forzosos, pero como el autor no ha leído los libros serios de historia económica, piensa que ese reclamo era sólo una argucia. No hay duda de que la conducta de Santa Anna en Texas fue deplorable y que sus excesos e imprevisión convirtieron la expedición en un gran desastre, pero también hay que considerar la estupidez de su segundo, Vicente Filisola, de obedecer la orden de un general prisionero y retirarse al otro lado del río Grande.

Sin negar la corrupción de Santa Anna, evidente por las propiedades que llegó a reunir, Díaz Zermeño le atribuye robos que denotan desconocimiento de la crítica bancarrota del gobierno nacional, estudiada ampliamente en el libro de Barbara Tenenbaum, *The Politics of Penury: Debts and Taxes in Mexico, 1821-1856*. Los dineros aprobados por el Congreso en 1844, desaparecieron con toda seguridad en pago de los intereses a los agiotistas.

Finalmente, para “demostrar” la culminación de las traiciones de Santa Anna, el autor se basa exclusivamente en el artículo de Carlos E. Castañeda publicado en *The Hispanic American Historical Review* en 1949, que interpreta a su conveniencia. En efecto el coronel Alejandro Atocha visitó a Santa Anna en Cuba y preparó el terreno para que recibiera al comisionado de Polk, Alexander Slidell Mackenzie (que por cierto no era hermano de

John Slidell, si acaso primo, pues el apellido del primero era Mackenzie, no Slidell). El comisionado pactó con el veracruzano que éste facilitara la firma de un tratado de paz. Aunque de no hacerlo Santa Anna no hubiera podido cruzar el bloqueo estadounidense a las costas mexicanas, aceptarlo fue un acto irresponsable que iba a vulnerar la moral nacional, pues como el acuerdo salió a la luz pública, aumentó la desconfianza de la clase política hacia el general en jefe del ejército y más tarde presidente de la República. De todas maneras, de su conducta posterior no se deduce que culminara la traición, pues hay muchos testimonios de su denuedo en la batalla de la Angostura y de cómo se multiplicó para levantar ejércitos sin recursos. Es más, para los autores estadounidenses resulta un misterio que alargara una guerra "que de todas formas iba a perder".

Las pruebas del autor para probar la traición de Santa Anna durante la guerra con Estados Unidos son desafortunadas. Cita a Bermúdez de Castro, el ministro español, cuando asegura que fue sorprendente una derrota ante un ejército estadounidense "corto y desorganizado" y aunque se cita el libro de John S. D. Eisenhower, el autor no parece haberlo leído bien, porque hubiera notado la superioridad total del armamento y del ejército estadounidense: profesional, asalariado y bien avituallado. Eisenhower considera que la moderna artillería de largo alcance, determinó las victorias. El anhelo de Santa Anna, citado por Bermúdez, de reinstaurar la dictadura ante el avance del general Winfield Scott, puede explicarse ante las dificultades creadas por el restablecimiento del federalismo en medio de la guerra para organizar la defensa.

La lectura cuidadosa de la correspondencia de Trist y de los ministros británicos en México, permite comprender la crítica situación en que se encontró el gobierno nacional ante el avance hacia la capital. Santa Anna cometió una nueva estupidez, aparentar estar en tratos con los estadounidenses para ganar tiempo.

Díaz Zermeño afirma al final no haber tratado de sentarlo en el banquillo de los acusados, sino buscar exonerarlo, sin lograrlo, por más que expurgó bibliotecas y archivos. No obstante, brillan por su ausencia los documentos y las referencias a libros recientes que han desafiado la simplista versión tradicional. Desde luego los historiadores no somos jueces, nuestra tarea debe ser comprender y explicar, no acusar.

El libro, por lo demás, está lleno de descuidos. Llama embajadores a los ministros extranjeros que en la época eran representaciones no elevadas a ese estatus en México. El partido decembrista no tuvo que ver con Mariano Paredes, era su enemigo; en 1844, éste se había pronunciado en Guadalajara, pero al fracasar, para salvar cara decidió sumarse al triunfo del movimiento encabezado por el Congreso contra Santa Anna. Tampoco es cierto que al regreso de Santa Anna, Anastasio Bustamante se exiliara “de por vida”, pues regresó en 1845.

La historiografía mexicana dista mucho de haber logrado dilucidar la transición dolorosa entre la Nueva España y la consolidación del Estado mexicano, pero eso, sin duda no justifica publicar libros tan superficiales.

Josefina Zoraida VÁZQUEZ

El Colegio de México

México en un espejo. Los exvotos de San Juan de los Lagos (1870-1945), Le Mexique dans un miroir. Les exvoto de San Juan de los Lagos, CD-Multimedia. Textos de Thomas Calvo, México, Dirección General de Servicios de Cómputo Académico (DGSCA), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA) de la Embajada de Francia en México, versión bilingüe español-francés.

En los últimos años ha surgido un interés por el estudio de los exvotos pintados;¹ principalmente se abordan diversos aspectos de la religiosidad manifiesta en estas imágenes creadas para diferentes santos de culto local, advocaciones marianas y de Cristo, con el único fin de mostrar el agradecimiento por un beneficio otorgado. En este caso, el resultado de la investigación resulta novedoso en tanto que propone un nuevo formato en su presentación, un CD-ROM que permite la introducción de nuevos elementos como la música y el video, recursos propios de este nuevo

¹ Además, de este tipo de exvotos pintados, conocidos también como retablos, existen otros objetos designados bajo este rubro como figuras de cera con diferentes formas del cuerpo, milagritos, ropa, fotografías, trenzas de cabello, prótesis, etcétera.